

YOLANDA QUIRALTE



MIS AMIGAS



SON UNAS

LAGARTAS



Y TÚ...,

UNA BOA



*Mis amigas son unas
lagartas y tú...,
una boa*

Yolanda Quiralte

© Yolanda Quiralte, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Aratehortua / Shutterstock
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: septiembre de 2020
ISBN: 978-84-08-23114-1
Depósito legal: B. 11.184-2020
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

*Martha, Georg Schrimpf*

Unos meses antes...

—Soy nueva en el barrio. ¿Qué tal el vecindario? ¿Hay muchos ruidos por la noche? ¿Hace frío en invierno en esta calle? No sé, lo pregunto porque parece que hay un poco de corriente por aquí, ¿no?

Mis interlocutoras se miraron entre sí y decidieron no hacerme ni puñetero caso, más o menos el mismo que me había hecho yo a mí misma en los últimos diez años de mi vida.

—Soy simpática, os lo aseguro. Estoy convencida de que podemos llegar a ser grandes amigas.

Nada, silencio máximo. Con el paso de los meses, me he preguntado muchas veces qué imagen di en aquella primera noche de mi nueva vida, allí, sentada en un banco de la calle del Mar, número 9 de Benicàssim, hablando con los únicos tres seres vivos que parecían haberse percatado de mi llegada.

—No es necesario que me saques la lengua, un poco más de respeto, que tampoco nos conocemos de nada y sólo he querido ser amable.

La pequeña lagartija que iba por delante de sus dos compañeras giró la cabeza para volver a enseñarme la lengua. O bien me veía como un sabroso mosquito de esos que daban vueltas alrededor de la única farola que iluminaba la calle, o bien era una diva sin remedio que acababa de mirarme por encima del hombro.

—Veo que no eres muy comunicativa.

El reptil volvió a sacar la lengua. Dos veces, para ser exacta. Se me saltaron las lágrimas.

—Hola, bichito.

Ceceó de nuevo algo incomprendible para mí mientras descendía por la pared con parsimonia.

—Acabo de alquilar el pisito de enfrente de vuestra casa.

—Zzz, zzz.

—Sí, ya lo sé, es un zulo, pequeño, feo y con un azulejo levantado en el suelo de lo que pretende ser la cocina. Además, hay humedades en la pared de la única habitación. Cada vez que paso por delante de ella, se cae un trozo más de pintura.

—¡Zzz!

—Toda la razón, ya he tropezado tres veces ahí desde que el agente de la inmobiliaria me ha dado las llaves.

—¿ZZZ?

—Pues porque a estas alturas de mayo ya no quedaba nada disponible y he tenido que quedarme con lo único que he encontrado.

—ZZZ...

—Sí, es bastante caro, y no, no me preguntes si estoy segura porque ni siquiera sé cómo me llamo ahora mismo.

Extendí la mano. La lagartija había trepado por el lateral del banco de cemento y me observaba con cara de querer insistir para que la cogiera. En cuanto alargué los dedos, se subió en la palma de mi mano y me dio un lametón con su pequeña lengua bífida.

—Gracias —le respondí llorando ya sin esconderme—. Todo va a ir bien, ¿a que sí?

La primera lagartija emitió un claro silbido y al segundo y medio sus amigas estaban encima de mis rodillas analizando la situación con esos ojos amarillentos.

—Juramos no volver a hacerlo, Roberta.

—Es tan mona y parece sentirse tan solita.

—Me gustar bastante. Nos ha tocado *very* deprisa.

—¿Alguna vez vas a aprender bien a hablar en castellano, Seraphine? ¡Ya llevas veinticinco años aquí!

—*When* a mí me dé la santísima gana, y que sepas que sólo lle-

vo veinticuatro, desde el segundo FIB. Yo venir en la mochila desde Cotswold, Gloucestershire, ¿sabes?

—Bueno, relajémonos, *quillas*, es importante determinar si dejamos que nos entienda.

—Ya os estoy entendiendo —murmuré muy bajito.

—¿¿Qué nos estás contando, mi *arma*??

Parpadeé, varias veces, porque la otra opción era tirarme de los pelos y, con honestidad, ya estaba hablando con aquellos reptiles, no necesitaba añadir la autoagresión a mi lista de chaladuras del mes.

—¿Entiendes lo que decimos? —insistió aquel pequeño ser con... ¿acento andaluz?

Cabeceé un sí.

—Flipante —replicó a la vez que sacudía su pequeña cola con lunarillos negros.

—Ya te digo —volví a intervenir con el corazón dando mazazos dentro del pecho.

—De flipante nada, es que hemos estado hablando en humano —matizó ¿Roberta?

—*Very interesting*.

—Me he drogado con algo alucinógeno y no me acuerdo, ¿a que sí?

—Tú sabrás, prenda. Pero si estás pidiendo mi opinión, creo que no estás drogada, sólo triste.

—¿La tristeza puede hacer que una hable con lagartos?

—Lagartijas dragón, si no te importa —respondió ofendida la que parecía más mandona—. Somos mucho más espabiladas que las otras.

—Disculpa. Soy una ignorante del mundo reptil.

—Ya, se te nota, se te nota.

—Me llamo Cloe y estoy loca.

—Bonita presentación, guapa.

—Un poco *crazy* sí debe de estar, ¿no? Insiste bastante en el tema.

—Repito: estoy hablando con tres lagartijas...

—¡DRAGÓN! —saltaron las tres.

—Te agradeceríamos que no nos confundieras con lagartijas comunes. Salta a la vista que no lo somos —me reprendió Roberta con cara de estar empezando a enfadarse ante mi descuido.

—Lo siento. No era mi intención ofenderos.

—*Don't worry*, bonita, se te ve de lejos que eres *beautiful*. *My name is Seraphine, but you can* llamarme Phine.

—¿Desde cuándo alguien te ha llamado Phine?

—Roberta, *you're* poniéndome muy *nervous today*, te aviso por si luego te encuentras con un colazo en toda tu *face*.

—Ea, tú todo lo solucionas con un colazo.

—No te metas conmigo...

—¿Sabes, prenda? —dijo la lagartija andaluza—. Se pelean así todos los días, desde hace años. Como podrás comprobar, paso tres lenguas de ellas.

Me callé. Era muchísimo mejor estar callada, pero, por si acaso, conté las tres veces que les sacó la lengua a sus compañeras.

—Por cierto, soy MariToñi. No Mari-Toñi, no: MariToñi, todo seguido.

—Encantada. —O no, qué más daba si era más que probable que en algún momento me despertara de la pesadilla en la que estaba metida.

—¿Y qué haces aquí sentada a estas horas?

Roberta y Seraphine dejaron de discutir al instante. Al parecer, tenían alma de cotillas.

—¿Quién?, ¿yo?

—Mujer, a ti te he hecho la pregunta. No veo a nadie más por aquí.

—Han traído el colchón hace un rato —susurré con las lágrimas haciendo esquí otra vez por mi cara.

—Lo hemos visto. Muy bonito, ¿a que sí, chicas?

—Y muy grande —apuntó Roberta.

—Es para mí sola.

Bajaron la cabeza. Yo no podía tragar. Acababa de decir en voz alta la palabra que me había prohibido a mí misma: *sola*.

—Mejor, así duermes más ancha.

—Roberta, no seas bruta. ¿No ves que Cloe está triste por eso?

—Hay que ser prácticas en esta vida —se defendió—. El colchón es superchulo y parece muy cómodo.

—No sé si es cómodo. No lo he probado.

—Pero, prenda, ¿cómo se te ocurre comprarlo sin haberlo probado antes?

—Porque me da igual cómo sea.

Abrieron la boca como si quisieran decir algo, pero tuvieron la prudencia de mantenerse calladas.

—¿Qué más me da el colchón?

—Un colchón es para dormir...

—Y descansar...

—Es importante...

—Para mí, no.

—¿Eres un faquir, acaso?

Miré a MariToñi. Había trepado hasta tocarme la cara con una de sus patitas delanteras.

—No.

—¿Y *who are you?* —agregó Seraphine.

—No tengo ni puñetera idea —musité.

—Vamos a ver, niña, que ya me estás poniendo un poquito verde.

—¡Qué chiste más malo, Roberta! —exclamó MariToñi antes de empezar a reír con ganas. Resultaba curioso ver reír a carcajadas a un reptil.

—Pues tú te ríes siempre con él, MariToñi, así que no será tan malo, y Seraphine, no te tapes el morrete, que también te estás riendo.

—¿YO?

—Sí, tú.

—De eso nada. *Your chistes are* un asco de *bad*.

—Phine, no seas injusta, algunos son divertidos.

—No he oído ninguno todavía.

—¿Phine? ¿Vamos a llamarla ahora así?

—¿Y a ti qué más te da, Roberta? Si eso la hace feliz, no nos cuesta nada llamarla Phine. A mí me parece un nombre muy bonito, ¿tú qué piensas, Cloe?

Oí mi nombre a lo lejos, pero no fui capaz de procesar que se dirigía a mí.

—Cloe está empanada.

—Roberta, no seas dura con la muchacha. ¿No te das cuenta de que es un día difícil para ella?

—Los días duros nos los fabricamos nosotras mismas. Sólo hace falta un poco de voluntad para cambiarlo.

—A veces no es tan fácil...

—*When I* vivía en Inglaterra todo era *green* y *wonderful*. Echo de menos aquellos *fields*...

—Siempre puedes volverte.

—¿Me estás diciendo que me vaya, Roberta? ¿Te molesta esta guiri *here*?

—¡MariToñi! ¿He dicho yo eso?

—Lo has insinuado...

—Buenas noches, os dejo con vuestras cosas.

—¡¡¡STOP, HUMANA!!! ¿Adónde te crees que vas?

Roberta gritó y en ese segundo pude darme cuenta de la potencia de su voz. ¿Cómo podía emitir semejante berrido un animalillo tan pequeño?

—Sólo voy dentro. Necesito empezar a ordenar las cosas que he traído de... Qué más da.

Saqué la llave del bolsillo. La llave nueva. Una llave que sólo iba a tener yo. Una llave que no reconocía y que me pesaba en la mano como cien mil kilos de culpabilidad.

Vivir sola me hacía tanta ilusión como pillarme la cabeza con una puerta, pero al fin y al cabo la decisión había sido mía y sólo me quedaba apechugar con ella o arrancarme mi mencionada testa.

El zulo era lo más feo que había visto en la vida. Una especie de cuartucho alargado, situado en una planta baja, con la cocina incluida que acababa en una habitación sospechosa. Y digo sospechosa con alevosía porque una de las paredes se desprendía con generosidad de la pintura que la cubría cada vez que pasaba alguien, o sea yo, por ahí. Dentro de la habitación, el baño diminuto. Un rincón inhóspito con un váter lleno de herrumbre en la tapa de

la cisterna. El mueble no acabado, que había debajo del espejo que me reflejaba, estaba igual de roto que mi corazón. No me miré. No podía hacerlo.

Caminé los tres pasos que me separaban del comedor-cocina y observé en lo que me había convertido: en un piso diminuto lleno de humedades. La metáfora era increíblemente perfecta. Desde luego, no podía sentirme ni más pequeña ni más helada pese a los treinta grados del exterior, ni por supuesto podía dejar de llorar mientras miraba perdida las tres cajas con mi ropa. No había sido capaz de embalar nada más. Era una persona rota y sin ninguna posibilidad de poder volver a pegarme.

—¡Cloe! ¿Estás visible? ¿Nos invitas a tu nuevo hogar?

Hogar, la palabreja que tanto había intentado cultivar durante los diez años de mi matrimonio. Miré a mi alrededor. ¿Aquello era mi nuevo hogar? Me temblaron las piernas y tuve que sentarme en el suelo para no caer.

—¡Vamos, Cloe! Sabemos que estás ahí. Te hemos visto entrar. Haz el favor de darnos permiso para pasar.

—Podéis... —musité sin saber a quién le estaba diciendo que podía entrar al lugar más pequeño y terrorífico del mundo.

—¿Estás bien, mi *arma*?

—Yo creo que no.

—¿*Why are you* sentada *on the floor*?

—No me sostenían las piernas.

—Pues son grandes y largas.

—Es verdad, las nuestras son pequeñitas.

—Pero ¡*very sexies*!

—Seraphine, Cloe está triste, eso es lo que le pasa. No es el momento de hablar de tus patas.

—*My name is* Phine.

—¡Porque tú lo digas!

—Debe de haberle dado un chungo. No hay otra explicación. Miradla, ni parpadea.

Las tres lagartijas se subieron encima de las rodillas que yo abrazaba con fuerza.

—Esto va a pasar, cariño, ¿lo sabes? —me preguntó Roberta.

—¿Cuándo?

—Eso no lo sé, pero te prometo que dentro de un tiempo volverás a ser tú misma.

—¿Yo?

—Sí, tú, aunque ahora mismo no sepas quién eres.

Miré a mis verdes vecinas. Sus ojos amarillos destilaban seguridad, aunque habría jurado que MariToñi acababa de secarse una lágrima con la pata derecha.

—¿Por qué me ha pasado esto a mí? ¿Dónde está la familia que iba a crear? ¿Dónde se han quedado los proyectos, los sueños, el envejecer a su lado?

—No llores, prenda.

—*Yes, she must* llorar un chorro para sacar todo eso que lleva *inside*. *Cry* todo lo que te dé la gana.

—¡Lo he perdido todo! ¡Me he quedado sin nada! —exclamé mientras les enseñaba las palmas vacías de mis manos—. Ya no me queda nada, nada por lo que tanto he luchado.

—Quedas tú. Te tienes a ti misma.

Gandhi debía de haberse reencarnado en lagartija dragón, no existía otra posibilidad. Bueno, sí la había, que me hubiera dado un golpe en la cabeza y estuviera viviendo en otra dimensión.

—Pero yo no soy nada sin él... Sin él, a mí no me queda nada.

—¿Quién es él, prenda? ¿Quieres contárnoslo?

—Mi marido..., él.

—¿La ha *palmao*?

—¡Mira que eres bruta, MariToñi!

—¡Ay, Roberta! ¡Nuestra última amiga *divor* decía a grito *pelao* que el mejor exmarido era el que estaba difunto!

—Eso es *true*. Yo también lo *remember*.

—No parece el mismo caso. ¿No veis que esta criaturita está hecha polvo?

—No me gusta el polvo, se me enreda en la lengua cuando cazo mosquitos —apuntó MariToñi con la lengua ya fuera en señal de asquito máximo.

Levanté la cabeza, que había escondido entre las piernas, y sonreí. Fue algo más que un acto reflejo. Tenía a tres lagartijas delante

hablando sobre exmaridos y otros asuntos que sólo ellas podían entender.

—Sigo pensando que no sois reales —susurré bien bajito—. Es imposible que los lagartos hablen... ¡¡¡Ay, ¿qué ha sido eso?!!!

—¡Acabas de llevarte tres colazos simultáneos! ¿Cómo que no existimos? Y lo que es peor... ¿¿¿LAGARTOS???

—¡Perdón! —exclamé casi avergonzada—. Por nada del mundo quería ofenderos. Entended que es difícil creer que estéis hablando conmigo.

—No, para nosotras no es difícil.

—Sigo *ofendía*, prenda. No somos lagartos comunes. Somos l-a-g-a-r-t-i-j-a-s d-r-a-g-ó-n.

—Si no crees en nosotras, tendremos que irnos. No nos queda más remedio.

—Roberta, no seas dura con Cloe, ¿no ves que está *very* triste?

—Triste o no, duda de nosotras.

—*You're so dignas. Don't worry.* Yo me quedo *with you*.

Presenciar una pelea de lagartijas era lo más esnob que había podido ver en toda mi vida; lo increíble a la par que extraño es que me daba pena que discutieran por mi culpa. Ea, ahí estaba de nuevo esa sensación que me estrangulaba el estómago: la maldita culpa.

—No has cenado, te recuerdo. Después te pones de muy mal humor —prosiguió Roberta en su intento de convencer a Seraphine para que se fuera con ellas.

Phine la miró con cara de estar superada, aunque lo resolvió en cuanto sacó su lengüita y cazó el primer mosquito que pasó por delante.

—Ya me he *eaten* el aperitivo. A ver si te crees que aquí no hay mosquitos.

—Como quieras. Nosotras nos vamos. ¡MariToñi!

Acaricé en un acto reflejo la pequeña cabecita de MariToñi. Me pareció mucho más suave de lo que habría esperado. Ella cerró los ojos como queriendo captar la sensación que le produjo mi dedo y empezó a ronronear.

—Me gusta. Me gusta mucho. Tu dedo es *delicao*.

Roberta dio una patada antes de salir disparada hacia el ventanuco cubierto con una cortina de rayas de colores. Supongo que en otra circunstancia no habría oído el golpecito de su pata sobre el suelo, pero en el silencio de la noche de Benicàssim, un día entre semana, hasta su patita diminuta podía ser oída. Mi estómago volvió a retorcerse una vez más. Si era capaz de oír algo tan sutil, ¿qué iba a pasar con mis pensamientos y con mi conciencia? Me había ido de casa. Había dejado el lugar que construimos juntos, que reformamos y que tanto traté de convertir en un hogar. Ya no viviría nunca más en mi casa, en aquella casa. No despertaría en la habitación de color azul con el cabecero de la cama hecho de madera y que emulaba los travesaños de las vías del tren. Ya no caminaría a oscuras por el primer piso ni bajaría la escalera para llegar a la cocina. No vería los azulejos con dibujos valencianos que elegí con tantísimo cuidado y, sobre todo, ya nunca, jamás, cocinaría con infinito amor en ella para él. Todo se había terminado y, con franqueza, ¡¡¡¿cómo coño podía seguir respirando si todo mi mundo se había ido a la mierda?!!!

—Porque estás viva. Respiras, Cloe, ESTÁS VIVA. Y haz el favor de no gritar tanto, que nuestros tímpanos son mucho más sensibles que los tuyos.

Roberta había vuelto, y, al parecer, yo había berreado con todas mis fuerzas.